

JAKOB WASSERMANN

Colón, el Quijote de los océanos

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA



Colón,
el Quijote de los océanos

Grandes Clásicos

Jakob Wassermann

Colón,
el Quijote de los océanos

Traducción de Cristina García-Tornel

Postfacio de Javier Ruiz Martín



Primera edición: marzo de 2015

Título original: *Christoph Columbus - Der Don Quichote
des Ozeans - Eine Biographie* (1929)

© de la traducción: Cristina García-Tornel, 2015

© del postfacio: Javier Ruiz Martín, 2015

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2015
c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

www.funambulista.net



Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

IBIC: FC

ISBN: 978-84-943026-9-5

Depósito Legal: M-6244-2015

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Cristóbal Colón*, Sebastiano del Piombo, 1519

Impresión y producción gráfica: AFANIAS Industrias Gráficas

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Colón,
el Quijote de los océanos

Unus erat mundus; duo sunt, ait iste; fuere.

[Solo había un mundo;
que haya dos, dijo él; y dos fueron.]

Verso de Marco Faustino Gagliuffi, escritor, jurista y latinista (Split, 1765 - Novi Ligure, 1834) que consta como inscripción en la fachada de la supuesta casa de Colón en Cogoleto (Italia).

A la memoria de Hofmannsthal

*Du sahst es noch mit deinen Augen,
und mir war, es schien dir gut.*

[Tú lo viste aún con tus propios ojos
Y tengo para mí que te gustó.]

Capítulo I

PRESENTIMIENTO DE LO DESCONOCIDO

La vida y el destino de Cristóbal Colón demuestran que incluso los hombres llamados a emprender grandes hazañas solo pueden comprenderse en el contexto de su tiempo. Con frecuencia, nuestra imaginación tiende a atribuir a una figura inmortal cualidades de su personalidad que fueron forjándose al calor de sus acciones, o virtudes que en absoluto poseyó durante su existencia terrenal. La glorificación es un proceso de cristalización sumamente misterioso que genera abundante escoria. Por eso los grandes personajes, o bien son malinterpretados, o bien son ignorados por sus coetáneos, mientras que la posteridad siempre da preferencia a los acontecimientos finales, es decir que, con su conocimiento de lo que pasó —en el fondo, algo indeleble—, manipula su visión del devenir y del ser. Por la misma razón, todos nuestros juicios, tanto

sobre épocas pasadas como sobre personajes históricos, se asemejan a monedas antiguas cuyo valor solo se verifica en algunas ocasiones. Toda tradición perdura debido a una suma de errores que están ligados a ella. No puede ni debe ser de otra manera, puesto que el equívoco es un fértil elemento del que nacen los ídolos, los mitos y las nuevas vidas. ¿Quién podría soportar la verdad, suponiendo que la verdad exista? Con ella fracasarían todo impulso, toda ilusión, todo idealismo que se imponen a la realidad. La verdad, que poco tiene que ver con la documentación y el pragmatismo clásico de la historia, está mezclada —como lo están las pepitas de oro con la piedra— con un material imperfecto y de difícil obtención. Su extracción y tratamiento requieren de un esfuerzo intenso, generoso amor y cierto valor, porque el alma humana —el único lugar donde la verdad puede hallarse en estado puro— es un laberinto tenebroso, poblado de siniestros fantasmas.

Un extraño misterio, un halo de ambigüedad rodea la figura de Colón desde tiempos inmemoriales. Existen controversias sobre su personalidad, su labor, su vida, sus experiencias y su origen. Siete poblaciones genovesas se disputan el honor de albergar su cuna; a estas se suman Córcega y Francia. Sin temor a equivocarnos, se puede afirmar que su padre fue un humilde tejedor, aunque el mismo Colón

insistiera en desmentirlo. Este origen le parecía una deshonra, y en los días de gloria aludía a sus nobles antepasados, afirmando que no era el primero de su familia en haber surcado los mares como almirante. Pero no nos ha llegado ningún dato que lo demuestre, y esto explica por qué algunos de sus detractores lo tilden de embustero. Lo cierto es que carecen de imaginación y tienen un concepto mezquino de la naturaleza profunda, casi insondable, de Colón.

Su vida —la vida de Colón— tiene cierto paralelismo con una leyenda medieval. A lo largo de los veinte años que he dedicado a estudiarla, siempre me han asaltado las mismas dudas: ¿ha sido comprobado tal hecho?; y este otro: ¿no será una simple invención? ¿No son estos o aquellos sucesos algo apócrifo, incluso inverosímil? Encumbrado desde la nada, un aventurero italiano, que no se sabe de dónde ha salido, se convierte en un gran almirante de la flota española y además en virrey de un inmenso imperio; y que salda siete años de poder y esplendor con una estrepitosa caída y una humillación sin parangón en la historia, y, tras un débil resurgir, muere en soledad, casi en el olvido.

Extraordinario destino. A fin de comprenderlo, resulta necesario ponderar en su conjunto la excepcionalidad de la situación. Pero esto solo es posible pasando primero por el tamiz todo lo sabido, todo esquema mental preconcebido, toda

idea y asociación falsas. Para no caer en la mentira, deberíamos ver con los ojos de un resucitado, quien, desde la mentalidad y la espiritualidad de la época, trate de armonizar, salvando de la distancia temporal, todo aquello que se contradice. Como tal propósito se antoja imposible, hay que conformarse con menos, con el intento de aproximarse a ello cuanto sea posible.

Si hoy en día un piloto osado decidiera volar a Marte y, una vez iniciado el viaje, descubriera en el camino un planeta hasta entonces desconocido, y si ya de vuelta trajera noticia de ese nuevo astro, donde, en una atmósfera diferente, habitan una humanidad y unos animales y vegetales nunca vistos, de tamaños y dimensiones tales que, en relación con todo cuanto nuestros ojos estaban acostumbrados siempre a ver, le parecieran diminutos, entonces en este caso la revolución de la fantasía humana sería más o menos la misma que en su época provocó el descubrimiento de Colón. Y es que su causa inmediata no fue otra que una revolución de la fantasía.

Si el Nuevo Mundo es hoy un concepto geográfico, el hombre de finales del siglo xv tenía de él una idea basada en la superstición y la religión. En virtud de un conjuro cuyos efectos ignoraba, desaparecieron los muros de su hogar, de la consagrada casa de Europa, en la que, tras miles de años de tormento, se

había medianamente acomodado. A este hombre, Asia ya le parecía bastante inquietante, puesto que estaba unida a su continente, con el que al fin se había reconciliado, como una tierra salvaje y tenebrosa lo está a un jardín. África, de la que solo se conocían las costas septentrionales desde las épocas más antiguas, era, más allá de lo que tenía un nombre, un desierto mortal y una oscuridad amenazadora. El mensaje del Nuevo Mundo sacudió el armazón del Viejo. Lo que se oía decir al respecto era escalofriante: un mar infinito del que nada se sabía, por el que los barcos navegaban durante meses sin alcanzar nunca sus confines; pueblos sin nombre cuyos habitantes iban desnudos y veneraban deidades desconocidas; innumerables islas, tierras ilimitadas con reyes bárbaros y costumbres salvajes: si los sentidos no engañaban, entonces aquello era el preludio del fin del mundo ya tiempo atrás profetizado. El miedo que dominó al hombre europeo solo se podía contrarrestar con una pasión de igual intensidad. Hubo una sola palabra que la desató y que llevó a los hombres hasta la locura: oro.

Evidentemente, el mapa geográfico vigente hasta entonces empezaba a transformarse. Tal presentimiento, unido a la difusión de leyendas, había preparado el ánimo del Viejo Continente para el Descubrimiento. Los viajes de osados misioneros

y temerarios mercaderes, las empresas de navegantes italianos y portugueses lo iban convirtiendo en un sueño posible. También el espíritu intuitivo de algunos investigadores había allanado el camino a aquellos que se sentían empujados a hacer realidad todas las hipótesis y las conjeturas...

Parece cada vez más comprobado que la leyenda egipcia de la Atlántida, narrada en su día por Platón, no era una mera fábula, sino que estaba basada en el oscuro recuerdo de una violenta catástrofe natural. Sin duda, existe una memoria colectiva que transmite de generación en generación, a través de los siglos, la impresión que han dejado los grandes acontecimientos. En ella arraiga la fuerza que capacita a los hombres de talento, si no para poder abrir la cárcel que aprisiona a la especie humana, sí al menos para ir haciéndola más amplia. Así, los navegantes fenicios emprendieron su viaje hacia Última Thule, que, independientemente de que dieran o no con ella, no dejó de ser un símbolo de anhelo soñado; y así, los normandos, movidos por el instinto primitivo de la aventura, se hicieron a la mar en tiempos prehistóricos hacia las costas de Terranova; y así también, los árabes, que fueron los navegantes más intrépidos en la Edad Media, surcaron el océano hasta las Azores y las Canarias en busca de nuevas tierras. Pero el temor al caos seguía poniendo límite a la vastedad de las aguas; no había

hipótesis alguna que lo conjurase, porque un miedo supersticioso paralizaba cualquier intento. Al-Idrisi, escritor árabe, dice con elocuencia: «Este mar circunda los últimos contornos de la tierra habitada, y todo cuanto está detrás es desconocido. Hasta ahora nadie ha sido capaz de arrojar luz sobre el asunto debido a las dificultades y riesgos que entraña un viaje por mar, a causa de las profundas tinieblas, las frecuentes tormentas y los peligrosos depredadores marinos. Aunque se alcen como montañas, las olas siguen su curso sin quebrarse, porque si lo hicieran, a los navegantes les resultaría completamente imposible surcarlas».

Pero lo desconocido fascinaba sin tregua ni descanso y engullía a millares en cada siglo; a los seducidos. Solo unos pocos nombres se conservan de estos. Hacia 1290, los hermanos Vivaldi partieron en dos galeras del puerto de Génova para circunnavegar la inexplorada África. Nunca regresaron. Todos los pueblos de origen romano consideraban a los italianos como los maestros de la navegación; el genovés Emanuele Pessagno se hizo almirante portugués; el veneciano Cadamosto exploró Senegambia. En crónicas olvidadas se mencionan, ocasionalmente, algunos de estos viajes increíbles que maravillaron y horrorizaron a partes iguales a sus contemporáneos. Como ya sucediera en tiempos de las Cruzadas, sus repercusiones se manifestaron

inmediatamente en la poesía y las narraciones fantásticas, cuyos motivos y argumentos giraban en torno a estos periplos aventureros.

El fervor religioso era un gran estímulo; el espíritu mercantil, otro. Como el océano continuaba siendo infranqueable y la náutica no había incorporado aún los progresos de la ciencia, pues antes del año 1200 no se conocía la brújula, los intrépidos pioneros se abrían camino a través de Siria y la India hasta el Extremo Oriente de Asia. Alrededor de 1250, el dominico Ascelino y el franciscano Pian del Carpine viajaron a Oriente como embajadores de la fe. Hasta la caída de la dinastía mongola, en el siglo xv, empresas genovesas y venecianas mantuvieron relaciones comerciales regulares con China; incluso algunas de esas compañías regentaban sus negocios en las islas Molucas, donde se dedicaban a asuntos más prácticos que la predicación de la doctrina cristiana; comerciaban con pimienta, jengibre, canela, cardamomo e índigo, productos todos ellos muy codiciados y valorados, encarecidos por el peligro que suponía ir en su búsqueda.

Se trataba de lucrarse, pero no solo eso; también participaba en ese juego una buena dosis de curiosidad y romanticismo. Aquella época engendró comerciantes y mercaderes de carácter romántico, cuya encarnación más representativa es Marco Polo. Las fantásticas descripciones de sus viajes y de

su estancia durante décadas en los reinos del Gran Khan son tesoros indiscutibles de la literatura europea. A su manera, ese libro de Marco Polo tuvo una repercusión tan honda como la que se recoge en los escritos de Aristóteles o el *Orlando furioso* de Ariosto en Europa; influyó en las capas más bajas de la población; juglares itinerantes divulgaron su contenido por todo el continente, y durante siglos jugó el papel de una venturosa ficción que deleitó a todo siervo de la gleba con imágenes fantásticas de lugares y personajes exóticos. La Historia conoce pocos acontecimientos espirituales de esta clase; el *Robinson Crusoe* de Defoe también fue uno de ellos.

Cuando los hermanos Polo regresaron de su segundo viaje, nadie pudo reconocerlos en Venecia. Estaban muy cambiados, vestían ropas sucias y andrajosas, y sus parientes se negaron a abrirles las puertas de sus propias casas. Hasta pasadas unas semanas, no lograron convencer a sus amigos de que eran realmente quienes decían ser. Con el fin de eliminar cualquier duda que pudiera quedar al respecto, y tomarse al mismo tiempo una refinada venganza, los Polo organizaron una fiesta a la que invitaron a las familias más distinguidas de la ciudad. La casa estaba decorada ostentosamente; vasos de plata y oro engalanaban la mesa, y los criados, ataviados con exquisitas libreas, servían los más selectos manjares y los mejores

vinos. Los anfitriones aparecieron primero con largos trajes de cola de satén carmesí; luego, se retiraron para volver al rato, ante el asombro de los invitados, con vestimentas aún más suntuosas, de damasco carmesí; la escena se repitió de nuevo, y reaparecieron envueltos en terciopelo también carmesí. Cada vez que se despojaban de sus vestiduras, las cortaban en pedazos que distribuían entre la servidumbre. Al final de la velada, mandaron salir de la sala a todos los criados, y Marco hizo traer del cuarto contiguo sus raídas ropas de viaje, hechas de basta lana. Como las damas las miraban con desdén, Marco entregó unas tijeras a la más decidida y la animó a que cortara las amplias mangas, el sucio cuello y el gastado cinturón. Cuando las demás vieron que de las partes rotas caían perlas y piedras preciosas, ya no fue necesario animarlas una segunda vez; como podían quedarse con todas aquellas riquezas que veían, no hubo costura que quedara sin descoser. Desde aquel día, los Polo gozaron de un gran respeto, y a Marco, que describía los palacios y tesoros del Gran Khan con incomparable elocuencia, empleando siempre la palabra *millón*, lo apodaron «maese Milioni»; su casa, situada en la calle San Juan Crisóstomo, se conocía como la Casa Milioni.

«Cipango —refiere Marco Polo— es una gran isla de Oriente, que se halla en alta mar, a mil quinien-

tas millas de las costas de Mango. Los habitantes son blancos, muy hermosos, de natural agradable. Adoran ídolos y son gobernados por un rey propio. Poseen oro en tanta abundancia que se encuentra por doquier. El palacio del monarca está cubierto con tejas de oro, de la misma forma que cubrimos de plomo nuestras casas e iglesias. También las salas y los aposentos están revestidos de oro; las ventanas, ornadas en oro. Hay infinidad de perlas, y son tantas las piedras preciosas que basta agacharse para hacerse con ellas. La ciudad de Quinsay, cuyo nombre significa Ciudad del Cielo y se lo debe a su grandeza, no tiene par en el mundo. En ella se experimentan placeres tales que uno imagina estar en el Paraíso. Las mujeres de todos los rincones son tan seductoras que mejor no hablar de ello, y tienen tanta experiencia en el juego del amor que quien una vez lo ha probado no puede olvidarlo jamás».

Sin embargo, lo que más profundamente le impresionó fue Cambaluc —probablemente la actual Pekín—, residencia del Gran Khan, en Catay. Los maravillosos jardines, los mil doscientos puentes de mármol, el esplendor de la corte, la riqueza inconmensurable del soberano, las fiestas, los desfiles, la belleza del paisaje le sumían en un éxtasis embriagador. Naturalmente, esto es pura exageración, pero es de suponer que para él era cierto todo cuanto contaba, y que no debía de temer que alguien

podiera dejarlo por embustero. Una vez conquistada la confianza de sus oyentes y lectores, se dejó de mentiras para describir aquello que jamás había visto, y solo recurrió a lo ya inventado por sentir la alegre embriaguez que le producía. Y su mundo no dudó de él ni lo más mínimo. Su relato del viaje se consideró una obra indiscutible de geografía y etnografía; los nombres de las territorios, reinos y ciudades que visitó o de los que oyó hablar fueron recogidos en los mapas basándose en sus indicaciones, y con su divulgación fueron calando en la conciencia de Europa. Doscientos años después, fueron esos los nombres a los que Colón se refería continuamente; ellos inspiraron el extraño y quijotesco error de su vida; para él, eran como revelaciones, a la vez que datos científicos en los que apoyarse.

Pero no fueron estos los únicos relatos de otros lugares. Uno de los más conocidos viajeros que anduvo por otras tierras fue sir John Mandeville, un personaje tal vez ficticio del que no se sabe si tras él se ocultaba un visionario, un charlatán o un científico. Aun así, no fue tomado menos en serio que Marco Polo cuando fantaseaba con el reino de Abha y la provincia de Buena Visión, donde nadie osa entrar porque está envuelta por una densa niebla, de la que solo en ocasiones sale el relincho de un caballo o el canto de un gallo, y que está asentado sobre un inmenso mar de arena en el que viven pe-

ces, en el Valle de los Peligros, a orillas del Frison, habitado este por demonios y espíritus malignos; todo esto se encuentra en la misma isla Picán, cuyos habitantes se alimentan del aroma de las manzanas salvajes. Los relatos de Polo son insignificantes comparados con los de Mandeville; en ellos, sobre todo el Gran Khan parece un personaje sacado de un cuento oriental: trescientos mil esclavos están a su servicio en Palacio; diez mil elefantes y diez mil águilas viven en estancias de oro. En fin, el derroche de oro y piedras preciosas en estas imágenes es tan exagerado que se agradece cuando el narrador se decide a hablar de cosas normales.

Queremos plantear en este libro en qué medida los hombres de otras épocas son capaces de comprender la realidad que los rodea. Esta capacidad no se manifiesta de la misma manera en el siglo xv que en el xx. La fidelidad a los hechos escapa a los tiempos de mayor ignorancia, y el concepto de «verdad» es tan subjetivo como necesario el compromiso con ella. Entre el objeto y su imagen existe un gran espacio vacío que la imaginación llena con ideas preconcebidas —que no son más que manifestaciones del miedo, del deseo y de los sueños—, pero que se reduce a medida que el hombre adquiere cada vez más conocimientos y tiene más experiencia. El ojo de Kepler ya no es el de Ptolomeo; el del bacteriólogo moderno es un órgano de muy distinta

naturaleza al del alquimista medieval. Mientras la humanidad exige milagros a la naturaleza y a la vida —porque solo a fuerza de milagros se puede creer en Dios—, aquellos que profundizan en la realidad inexplorada se ven poco menos que obligados a informar sobre estos milagros, para así legitimarse. Y, una vez divulgados, les son atribuidos. El embustero se convierte en hechicero sin darse cuenta.